

Creer y Razonar

365 reflexiones
para un cristianismo integral

Creer y Razonar

365 reflexiones
para un cristianismo integral

Arturo Iván Rojas



editorial clie

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2018 Arturo I. Rojas

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)»

© 2018 Editorial CLIE

CREER Y RAZONAR. 365 reflexiones para un cristianismo integral

ISBN: 978-84-17131-85-2

REL012020

VIDA CRISTIANA

Devocionales

Referencia: 225094

PRÓLOGO

Le doy la más grata y cordial de las bienvenidas, al nuevo libro del buen amigo y hermano, Arturo Iván Rojas Ruiz: *Creer y razonar*. Esta obra, que se une al dúo previo de escritos del pastor Rojas, *Creer y comprender*, y *Creer y pensar*, pone nuevamente de manifiesto, sus capacidades de pensar con criticidad e inteligencia, de análisis y comunicación, además de revelar su compromiso serio con la academia y la iglesia local.

De singular importancia en el libro, es que nuestro autor desea llegar a sus lectores en el contexto de la vida devocional, con una obra muy seria de reflexión teológica y pastoral, que revela piedad e intelecto. El nuevo escrito del pastor Rojas desea llegar con fuerza al corazón de los creyentes, mediante una serie de meditaciones y reflexiones, que se preparan para leerse en un año, una vez al día. Y esa metodología, que incentiva el crecimiento espiritual, también promueve el análisis ponderado y crítico de la fe cristiana.

De igual importancia en *Creer y razonar*, es el espíritu apologético que presupone y se presenta en las reflexiones diarias. Esa actitud apologética, más que defender la fe, es la presentación sobria y sabia de los grandes valores cristianos, que son relevantes y útiles para vivir la fe en medio de las realidades cotidianas del siglo 21. En efecto, la apologética que se incluye en este libro, es la explicación de la naturaleza cristiana, a la luz de los desafíos que le presentan al mensaje de Jesús nuestras sociedades pluralistas, secularizadas, materialistas y postmodernas.

Creer y razonar es una magnífica obra devocional, que incorpora en sus páginas la extraordinaria dinámica y el encuentro entre la razón y la fe. De un lado, afirma el pastor Rojas, la comprensión adecuada de los desafíos que tiene la fe cristiana en la actualidad, que debe vivir, responder e interactuar con posturas intelectuales provenientes de diferentes trasfondos ideológicos, que no necesariamente están de acuerdo con las afirmaciones bíblicas; y del otro, la importancia de comprender y disfrutar la experiencia cristiana saludable y transformadora.

Al leer la obra de Rojas, es de notar la gama amplia de autores que inspiran y motivan sus reflexiones y pensamientos. Esos pensadores, que son hombres y mujeres de bien, han contribuido positivamente al pensamiento cristiano, y proveen temas, ideas, frases y pensamientos a nuestro autor, que marcan una tendencia teológica firme y clara: La fe ocupa un lugar prominente en la vida diaria.

Para el pastor Rojas, que, en efecto, tiene grandes dotes pedagógicas, es medular ponderar los pensamientos y las teologías de Bonhoeffer, Lewis, Míguez Bonino, Piper y González, ente otras figuras de importancia... Estos autores, que provienen de diferentes períodos y variados campos del saber –por ejemplo, teología, sicología, filosofía y educación, entre otros–, revelan la amplitud académica de Rojas, y también su compromiso serio con el pensamiento crítico.

Al presentar esta obra, debo añadir que su lectura pone de relieve un deseo de comunicación con el lector de habla castellana, que no necesariamente tiene una formación religiosa tradicional o evangélica. El pastor Rojas utiliza el texto bíblico de la *Nueva Versión Internacional*, que facilita la lectura y la comprensión del mensaje escritural, y que se basa en los documentos antiguos más fiables que se tienen a disposición en la actualidad.

Recomiendo la lectura de este libro, que no solo tiene virtudes devocionales, sino que invita a pensar y crecer; en efecto, incentiva el creer y el razonar, que son áreas muy necesarias para transmitir la fe en la era postmoderna en que vivimos. Y recomiendo su lectura, no solo en entornos eclesiásticos y de hogar, sino en ambientes universitarios y de reflexión profunda, pues Rojas nos presenta un su libro, una obra de calidad espiritual y académica.

Gracias, muchas gracias, Arturo por esa obra magnífica...

Dr. Samuel Pagán

Decano de programas hispanos
Centro de Estudios Bíblicos en Jerusalén
Jerusalén y Lakeland

15 de agosto de 2017
Jerusalén, Tierra Santa

A mi esposa Deisy por su paciencia al soportar mi paradójica “ausencia”, estando en casa de cuerpo presente, abstraído y concentrado en la elaboración de este libro.

PREFACIO

Este es el tercero de una serie de libros devocionales que, gracias a los buenos oficios de la Editorial Clie en cabeza de su presidente, el Dr. Eliseo Vila y su editor general, el Dr. Alfonso Roper Berzosa; han visto la luz a lo largo de los últimos siete años, titulados en su orden *Creer y Comprender*, *Creer y Pensar* y éste último que el lector tiene en sus manos: *Creer y Razonar*. En todos ellos sobresale como elemento común la prioridad que la fe ocupa en la vida cristiana. Pero al mismo tiempo, cada uno de ellos refleja también el importante papel complementario que el pensamiento, la razón y la comprensión desempeñan para alcanzar una fe madura bíblicamente fundamentada y debidamente afianzada mediante convicciones firmes y susceptibles de defenderse con solvencia intelectual ante los cuestionamientos de terceros procedentes de trasfondos ideológicos diferentes y contrarios al cristianismo.

Todos ellos siguen el mismo esquema al ofrecer al lector, tanto creyente como no creyente, 365 reflexiones –una para cada día del año– alrededor de temas muy variados y controvertidos presentes en la vida práctica y en las consideraciones cotidianas de la cultura humana, acerca de los cuales la Biblia y la tradición cristiana clásica tienen mucho que decir en el propósito de brindar una constructiva orientación que guíe correctamente las deliberaciones al respecto y renueve la esperanza promovida por el cristianismo en el tratamiento de las problemáticas que afectan a la humanidad desde tiempos ancestrales, muchas de ellas exacerbadas en los tiempos en que vivimos con sus dinámicas sociales, intelectuales y espirituales características.

Si bien los dos primeros manifiestan ya de forma sutil y no del todo consciente una intención apologética que surge del convencimiento del suscrito de que la teología cristiana siempre debe tener, en mayor o menor grado y ya sea de manera tácita o expresa, el propósito de defender la fe y la sana doctrina de toda tergiversación o malentendido que surja en relación con ella; en este volumen esa intención apologética es mucho más consciente y marcada, teniendo en cuenta el giro dado y el llamado recibido por quien esto escribe hacia la apologética como disciplina especializada de la actividad pastoral y teológica en general y la necesidad sentida que la iglesia protestante de habla hispana tiene de formarse y capacitarse en los múltiples y muy numerosos temas abarcados por la apologética cristiana ante el masivo ataque de la cultura secular.

Este es, pues, un valor agregado a las todavía vigentes aclaraciones que dirigí a los lectores en el prefacio de los dos volúmenes anteriores. Lo único que queda por añadir es que, aunque no puedo decir con absoluta certeza que éste es el último libro que escribiré en este mismo formato devocional, sí puedo decir que dado el exigente, agotador y desgastante ejercicio que implica escribirlo contra el tiempo, dada la gran diversidad y complejidad de los temas que abarca y la consecuente capacidad de síntesis requerida para condensarlos con responsabilidad en una reflexión de tan sólo una página que les haga justicia con satisfactoria coherencia y consistencia argumental, tanto desde el punto de vista bíblico como el estrictamente racional; creo que sí puedo decir que no acometeré de nuevo una iniciativa como ésta ni en el corto ni en el mediano plazo. Por eso oro para salir bien librado ante Dios y ante el lector en éste, tal vez mi último proyecto literario de este tipo.

Los beneficios de la intercesión

«DESDE el momento que ruego por un hermano ya me es imposible odiarlo o condenarlo [...]. No hay antipatía, ni tensión, ni desacuerdo personal que no puedan superarse orando por otro. La intercesión es el baño purificador donde el individuo y la comunidad deben sumergirse cada día»

Dietrich Bonhoeffer¹

Interceder en oración por el prójimo (Ef 1:16-19; Flp 1:9; Col 1:3; 4:3) es un mandato bíblico que no siempre es tan sencillo de obedecer. En primer lugar porque, al igual que la oración en general, requiere disciplina, planificación y tiempo. Y en segundo lugar, porque el orar con honestidad por otros implica comenzar a dejar de lado cualquier animosidad y actitud prejuiciosa hacia ellos. Actitud que, hasta entonces, tal vez hemos considerado justificada y deseamos retener, pero que no podemos seguirlo haciendo, puesto que la intercesión nos obliga a ponernos en los zapatos de aquel por quien oramos y a ver las cosas desde su punto de vista, bajándole el tono al dogmatismo e inflexibilidad que suele caracterizar nuestro propio punto de vista. Nos lleva a considerar que tal vez seamos nosotros los que no vemos las cosas de forma correcta. Nos hace conscientes de la imperfecta condición que compartimos con aquellos por quienes oramos y a solidarizarnos con ellos de manera empática y humilde, admitiendo nuestra mutua necesidad de la gracia de Dios. En definitiva, no podemos continuar reclamando juicio para aquellos por quienes oramos (Jer 18:20), sino que nuestras peticiones a su favor nos conducirán de manera inexorable a rogar por misericordia y perdón hacia ellos, al igual que clamamos por ello para nosotros mismos. Por eso, la mejor manera de comenzar a limar asperezas con cualquiera que nos fastidie, moleste o despierte rencor en nosotros, ya sea nuestro hermano en la fe o un incrédulo indistintamente, es incluirlo de manera regular en nuestra oración intercesora. La intercesión despierta en nosotros un interés tal por nuestro prójimo que no podemos seguir siendo indiferentes a su situación, modificando de modo constructivo nuestras actitudes hacia él al punto que podamos llegar a alegrarnos con sinceridad por las bendiciones por él recibidas como si fueran propias (Stg 5:14-16) o, por lo menos, algo en lo que sentimos que hemos podido tener alguna participación:

Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes. En todas mis oraciones por todos ustedes, siempre oro con alegría

Filipenses 1:3-4 NVI

2

de enero

La soledad y la comunidad

«EL QUE no sepa estar solo, que tenga cuidado con la vida en comunidad [...] el que no sepa vivir en comunidad, que tenga cuidado con la soledad»

Dietrich Bonhoeffer²

La soledad y la comunidad son los dos polos de una relación dialéctica y complementaria necesaria para madurar en la fe. Dios nos llama por igual a la soledad y a la comunidad. Por eso, si bien el trato de Dios con el creyente es un trato individual, nunca debe por ello confundirse con el aislamiento individualista. Algunos de los más insignes monjes cristianos que en los siglos III y IV de nuestra era se lanzaron de manera masiva y entusiasta al aislamiento y la soledad ascética en el desierto egipcio, tuvieron que reconocer luego que ésta no era la mejor preparación para la auténtica vida cristiana. Es comprensible, puesto que la auténtica vida cristiana sólo puede vivirse en comunidad. Los tiempos de soledad son necesarios como preparación para la vida en comunidad y viceversa. No puede prescindirse con impunidad de ninguno de los dos. Las personalidades joviales, alegres y extrovertidas que prefieren la vida y las relaciones comunitarias y no cultivan al mismo tiempo de manera metódica y disciplinada la soledad con Dios, se convierten en activistas en muchos casos superficiales, vanos e irreflexivos. Y del mismo modo, quienes prefieren la soledad a la comunidad se convierten en infructuosos místicos inoperantes y desconectados de la realidad social en la que se encuentran y en la que están llamados a trabajar constructivamente. No por nada en la Biblia Dios trata con su pueblo como un todo —en lo que suele llamarse «responsabilidad colectiva o corporativa» del creyente (Jue 20:1, 8, 11; 1 Sam 11:7; Neh 8:1)— y también de manera individual con cada uno de sus miembros en lo que se designa como «responsabilidad individual» (Éx 32:33; Ez 18:2-4, 20). Así, la responsabilidad colectiva es la que debemos asumir como miembros participantes de la vida comunitaria en la iglesia o asamblea de creyentes (Sal. 149:1). Mientras que la responsabilidad individual es la que debe prevalecer en nuestros tiempos de soledad (Mt 14:23). Al fin y al cabo, todos y cada uno de los creyentes somos en el Nuevo Testamento sacerdotes (1 P 2:5, 9), separados de la comunidad para permanecer a solas cerca de Dios, no obstante lo cual debemos retornar con regularidad a ella para servirla:

¿Les parece poco que el Dios de Israel los haya separado del resto de la comunidad para que estén cerca de él, ministren en el santuario del Señor; y se distingan como servidores de la comunidad?

Números 16:9 NVI

Las interrupciones divinas

«DEBEMOS estar siempre dispuestos a aceptar que Dios venga a interrumpirnos»

Dietrich Bonhoeffer³

La planificación, el orden, las rutinas y la disciplina son aspectos necesarios de la vida del creyente maduro que quiere agradar a Dios y ser productivo en todos los campos de su llamado y desempeño vital en este mundo (Pr 16:3; 21:5; 1 Cor 14:33, 40; 2 P 1:5-8). Con todo, la rigidez en todos estos frentes no constituye una virtud, sino en muchos casos un defecto que merma nuestro potencial y nos impide escuchar y seguir la voz y la guía de Dios que, aunque suelen darse y estar presentes en medio y aun a través de nuestras provechosas actividades rutinarias del día a día planificadas con anterioridad, no están limitadas ni restringidas a ellas como si Dios no pudiera interrumpirnos ni sorprendernos de ningún modo. Por eso, el creyente debe estar siempre dispuesto a aceptar que Dios venga a interrumpirlo sacándolo eventualmente de sus rutinas, por provechosas y recomendables que éstas puedan ser. Porque no todas las interrupciones al orden del día del creyente son distracciones promovidas por la carne, el mundo o Satanás y sus demonios, sino que un significativo número de ellas pueden estar siendo propiciadas por el Espíritu Santo para que prestemos atención y nos enfoquemos en lo que Dios quiere y considera importante en el momento que, de otro modo, pasaríamos de largo en nuestras rutinas cotidianas (Lc 10:31-32; 19:44). Así, las digresiones⁴ que pueden presentarse en nuestros tiempos de oración que nos conducen a interceder por asuntos que estaban muy lejos de nuestros cálculos iniciales y a los cuales llegamos a veces sin recordar ni saber con exactitud cómo lo hicimos, pueden muy bien ser interrupciones que proceden de Dios y que debemos atender con prontitud. Lo mismo podría decirse de un buen número de situaciones espontáneas no previstas y a veces inevitables de nuestras jornadas diarias, para las cuales no habrá nuevas oportunidades y que obedecen, entonces, a la agenda divina (Mr 14:6-8; Lc 10:40-42). En definitiva, el hombre propone, pero al final es Dios quien dispone (Pr 16:1; Ecl 11:5-6). En último término lo que la Biblia llama «discernimiento» tiene que ver con la capacidad que el creyente adquiere para identificar y prestar la debida atención a las interrupciones divinas dondequiera y cuando quiera que estas se presenten, obrando en consecuencia:

Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más en conocimiento y en buen juicio, para que discernan lo que es mejor, y sean puros e irreprochables para el día de Cristo, llenos del fruto de justicia que se produce por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios

Filipenses 1:9-11 NVI

4

de enero

Milagros y martirios

«MILAGROS y martirios tienden a juntarse en las mismas áreas de la historia; áreas que naturalmente tenemos pocos deseos de frecuentar»

C. S. Lewis⁵

Paradójicamente, la aparición de los milagros en la historia ha coincidido con la de los martirios o testimonios extremos de la fe dados bajo amenaza inminente contra la vida del testigo, algo que deberían considerar todos quienes anhelan presenciar o realizar un milagro, muchas veces con motivaciones y actitudes equivocadas y censurables (Mr 8:11-12; Jn 6:30-31; 1 Cor 1:22-24) por las cuales lo único que buscan es poner a prueba a Dios (Dt 6:16; Mt 4:7; 12:39; 16:1-4; Lc 11:16, 29; 1 Cor 10:9, 12). Las épocas de Moisés, la de Elías y Eliseo y la del propio Señor Jesucristo y la iglesia apostólica estuvieron de cierto marcadas por una concentración de milagros innegable, pero también por acechanzas y persecuciones contra el pueblo de Dios y sus más insignes representantes. Así, Moisés tuvo que enfrentar, una detrás de otra, las hostilidades del faraón egipcio, las de los pueblos del desierto y las de los cananeos en su tránsito y toma de posesión de la tierra prometida, poniendo una significativa cuota de vidas segadas en el proceso. Elías y Eliseo tuvieron que sufrir y enfrentar la persecución sistemática de varios de los malos reyes de Israel y ni qué decir del Señor Jesucristo y sus apóstoles, quienes sin excepción padecieron la persecución de los gobernantes judíos y romanos de la época, llegando la gran mayoría de ellos a tener que ofrendar sus vidas como mártires del evangelio, a semejanza de su Señor y Maestro crucificado. La presencia de los milagros puede, pues, traer aparejadas aflicciones y amenazas por parte del mundo hacia la iglesia, por lo que la manipuladora, superficial y ligera proclamación ya típica de las iglesias pentecostales de «cruzadas de milagros» masivos, o es una cuestionable, falsa y presuntuosa promesa por parte de sus promotores, o de ser cierta debería venir de algún modo ratificada por un testimonio dado bajo condiciones extremas, que es el costo que la iglesia debe estar dispuesta a pagar por ver las manifestaciones milagrosas y sobrenaturales del poder de Dios en una coyuntura determinada. Así, pues, quien no esté dispuesto a ser mártir que tampoco ponga a prueba a Dios demandando de Él milagros a la carta, a la censurable manera de los fariseos:

Él lanzó un profundo suspiro y dijo: «¿Por qué pide esta generación una señal milagrosa? Les aseguro que no se le dará ninguna señal.»

Marcos 8:12 NVI

Haciendo las cosas como Dios manda

«LA BUENA voluntad puede hacer tantos estragos como la mala, si no está iluminada»

Albert Camus⁶

Uno de los pretextos o excusas que se suelen utilizar para atenuar o eliminar la culpabilidad que acompaña una acción equivocada o mediocre es que «la intención es lo que vale». Ahora bien, es cierto que las buenas intenciones o motivaciones —o lo que podríamos llamar: «la buena voluntad»— siempre cuentan para que una acción determinada sea declarada como buena desde la perspectiva de Dios. Pero eso no significa que la buena voluntad baste o garantice por sí sola buenas acciones y mucho menos buenos resultados posteriores, pues también es cierto que «de buenas intenciones está empedrado el camino al infierno». Refiriéndose, entre otros, al nefasto legalismo⁷ Louis Brandeis decía: «*Los peligros más grandes para la libertad acechan en la insidiosa intrusión de los hombres de gran celo, bien intencionados pero poco iluminados*», complementado de este modo por C. S. Lewis: «*De todas las tiranías, tal vez la más opresiva sea la que se ejerce con sinceridad por el bien de sus víctimas [...] quienes nos atormentan en nombre de nuestro bien seguirán haciéndolo sin fin, porque lo hacen con el consentimiento de su propia conciencia*». Se deduce de ello que en el cristianismo no basta con la buena voluntad si ésta se caracteriza tan sólo por buenas intenciones o por una conciencia presuntamente limpia pero poco iluminada e ilustrada. Actuar basados con exclusividad en la buena voluntad es muy peligroso. El rey David tenía la mejor voluntad cuando decidió trasladar el arca del pacto del lugar en que se encontraba abandonada a su suerte hasta un sitio digno preparado para ella en Jerusalén (1 Cro 13:1-4). No obstante, tuvo que pagar un alto costo al ver morir a su amigo Uza el coatita, ejecutado por Dios por tocar el arca con su mano —también con la mejor intención de no dejarla caer al piso (1 Cro 13:5-13)— como resultado de su deficiente iluminación o ilustración sobre cómo debería haberse llevado a cabo este bien motivado e intencionado proyecto. A causa de lo anterior es necesario que unamos a la buena voluntad la iluminación e ilustración que Dios nos provee a través de la Biblia, como lo hizo luego el rey David (1 Cro 15:1-3, 13-14) llevando a feliz término el proyecto malogrado en un principio, recordándonos que debemos hacer las cosas «como Dios manda» (2 P 3:11).

Su divino poder; al darnos el conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y potencia, nos ha concedido todas las cosas que necesitamos para vivir como Dios manda

2 Pedro 1:3 NVI

6

de enero

Respuestas para todo

«HE OBSERVADO que mucha gente se aleja, intimidada, de nuestra doctrina por la sencilla razón de que tenemos respuesta para todo»

Bertolt Brech (a través de su personaje Keuner)⁸

La pretensión de tener respuestas para todo es una de las tentaciones que acecha a los cristianos en virtud de su conocimiento de la revelación de Dios en la Biblia. Pero lo cierto es que, si bien la Biblia nos revela lo que debemos saber para agradar a Dios y relacionarnos con Él con una firme y esperanzada actitud de rendida confianza, está al mismo tiempo muy lejos de brindarnos una información exhaustiva y detallada sobre todos los asuntos de interés práctico y cotidiano para los seres humanos. Esta tentación se manifiesta con fuerza en los momentos de dolor, duelo o aflicción por los que pueda estar pasando un amigo o conocido, ocasiones en las que con frecuencia nos sentimos obligados a consolarlo y animarlo ofreciendo explicaciones que tal vez no se nos han pedido ni son en verdad pertinentes sobre las razones o motivos por los que presumimos estaría ocurriendo la situación en cuestión. El libro de Job nos informa que, ante la severa prueba vivida por el patriarca, tres de sus amigos acudieron a consolarlo, propósito que parecen haber cumplido mientras permanecieron callados a su lado en silencioso apoyo solidario (Job 2:11-13), pero que comenzaron a malograr al empezar a hablar con la intención de darle a Job explicaciones típicas, predecibles e inoportunas sobre su difícil situación (Job 6:25-27; 16:1-6). Explicaciones que, además, no correspondían en este caso con la realidad de los hechos que estaban teniendo lugar tras bambalinas, tal y como se nos dan a conocer a los lectores en el prólogo en prosa de los primeros dos capítulos del libro. De hecho, la intención del libro de Job es hacer conscientes a los creyentes de la gran complejidad y la multitud de variables que intervienen y se entretajan en toda situación. Complejidad que no conocemos ni podríamos llegar a conocer y comprender a cabalidad de lograr tener acceso a ella (Job 38:1-3; 40:1-7), pero sobre la cual Dios ejerce un sabio control, por lo que en estos casos guardar silencio y confiar a pesar de todo es lo más aconsejable (Sal. 37:7; Lm 3:22-29, 37-39). La humildad se impone en estos casos y debe conducir al creyente a suscribir de manera personal las palabras de Job en el epílogo de su libro:

«Yo sé bien que tú lo puedes todo, que no es posible frustrar ninguno de tus planes [...] Reconozco que he hablado de cosas que no alcanzo a comprender, de cosas demasiado maravillosas que me son desconocidas

Job 42:2-3 NVI

La reserva escatológica

«INCLUSO la mejor de las sociedades debemos verla bajo [...] “reserva escatológica”»

Luis González-Carvajal ⁹

El cristiano y la iglesia se encuentran siempre en la paradójica situación de no poder desentenderse del mundo y dejar que se vaya al traste, teniendo más bien que trabajar para mejorarlo, luchando por el establecimiento de la verdad, la justicia, la paz y el amor en su más amplio entorno inmediato; al tiempo que miran con reserva y algún grado de desconfianza todo avance o logro social en este sentido que amenace con sobredimensionarse generando un excesivo entusiasmo sobre el potencial de lo alcanzado (1 Ts 5:2-4). No podría ser de otro modo, puesto que la ya consumada primera venida de Cristo para redimirnos y su anunciado regreso en gloria para terminar del todo lo iniciado (Hch 1:1-3, 9-11), han dado lugar a una larga espera caracterizada por ya cerca de 2000 años de historia que se desenvuelve en una tensión dialéctica entre lo logrado por Cristo en su primera venida (Ef 1:3-14) y lo que sólo se realizará en su segunda venida (2 P 3:9, 13, 15). Es decir, lo que en escatología¹⁰ se designa como el «ya» y el «todavía no»¹¹. El cristiano debe, pues, trabajar para manifestar en el mundo en todos los frentes de la sociedad lo «ya» obtenido por Cristo, al tiempo que mira cualquier ejecución exitosa en este sentido con la reserva del que sabe que en este tiempo «todavía no» se ha alcanzado, ni se alcanzará, el grado pleno de realización correspondiente que sólo Cristo establecerá de lleno en su segunda venida. Esto es lo que se conoce como realismo cristiano, que oscila entre el escepticismo pesimista y extremo de los profetas del desastre con su visión sombría y degradada del mundo, por la cual no ven en él nada rescatable por lo que valga la pena luchar; y el idealismo optimista e ingenuo de los que sobrevaloran de tal modo los logros sociales alcanzados, ya sea de la mano de la iglesia o de la sociedad secular por igual, que piensan que el reino de Dios en la tierra puede llegar a establecerse sin el decisivo concurso de Cristo en su segunda venida. Sea como fuere, la «reserva escatológica» debe tener presente que la iglesia no se encuentra como espectadora a la espera de la llegada de los últimos tiempos sino que, como lo explicó el apóstol Pedro, éstos comenzaron ya en Pentecostés y tienen en la iglesia a uno de sus protagonistas:

En realidad lo que pasa es lo que anunció el profeta Joel: «“Sucedará que en los últimos días –dice Dios–, derramaré mi Espíritu sobre todo el género humano. Los hijos y las hijas de ustedes profetizarán, tendrán visiones los jóvenes y sueños los ancianos. En esos días derramaré mi Espíritu aun sobre mis siervos y mis siervas, y profetizarán

Amor, culto y servicio

«EL AMOR a Dios sin culto es como el amor al prójimo sin servicio»

José Míguez Bonino¹²

En la Biblia el principal mandamiento es el amor a Dios, al prójimo y a nosotros mismos (Mt 22:36-40). Si bien los dos últimos están correlacionados en plano de igualdad, pues la medida del amor propio es la que dicta a su vez la medida de nuestro amor al prójimo¹³; no podemos olvidar que es el amor a Dios el que se encuentra en primer lugar como el catalizador que activa, modera y pone a los otros dos en su justo lugar, proporción y relación. El verdadero amor a Dios nos debe conducir de manera natural, no sólo a amarnos a nosotros mismos sin convertir este amor en egocentrismo y egolatría (Ro 12:3; Gal 6:3-4), sino también a amar a nuestro prójimo en cuanto vemos reflejada, tanto en él como en nosotros, la imagen y semejanza divinas plasmadas de manera real aunque siempre imperfecta en todo ser humano (Gn 1:26-27), pero de manera por completo perfecta en Jesucristo hombre (Col 1:15; Heb 1:3), cuyo rostro se vislumbra en el rostro de los demás, en especial en el de los marginados, débiles y vulnerables (Mt 25:40). Es pues, evidente y por todos reconocido que el amor al prójimo, para no quedarse en meras palabras vacías, debe involucrar la disposición a servirlo de la mejor manera en proporción a nuestras posibilidades y a veces con un inevitable grado de sacrificio personal (Stg 2:14-17; 1 Jn 3:16-18). Sin embargo, la iglesia no puede tampoco, como muchos hoy lo pretenden, volcarse de lleno a la acción y al servicio social para con el prójimo necesitado descuidando o menospreciando de paso el culto que Dios merece —expresado tanto en la regular adoración comunitaria con sus rituales y liturgias tradicionales, como en las devociones privadas cotidianas— como si éste ya no fuera importante o constituyera una mera añadidura o valor agregado prescindible a nuestro servicio al prójimo que sería, entonces, el meollo de la práctica cristiana, como lo pretenden los activismos actuales de todo tipo, tanto seculares como cristianos. Sin lugar a dudas, así como el amor a Dios se torna sospechoso sin servicio al prójimo, también el servicio al prójimo sin culto a Dios pierde todo su fundamento y se dispersa y extravía sin dirección, pues es el amor a Dios expresado en el culto el que vertebra y da cohesión y sentido a todo el resto de la práctica social cristiana.

»Nosotros, en cambio, no hemos abandonado al Señor, porque él es nuestro Dios [...] Dense cuenta de que nosotros sí mantenemos el culto al Señor nuestro Dios, a quien ustedes han abandonado

2 Crónicas 13:10-11 NVI

Sufrimiento y merecimientos

«NUNCA nadie mereció sufrir menos que Jesús, y nunca nadie sufrió tanto [...] nadie ha tenido nunca tanto derecho a responder, y nunca nadie lo ha usado menos [...] Nadie ha soportado nunca tanta injusticia con tan poca venganza»

John Piper¹⁴

Lo más maravilloso y conmovedor del sacrificio de Cristo no es propiamente su dócil y silenciosa sumisión a su indecible sufrimiento, sino la total ausencia de merecimiento personal para tener que padecer de ésta o de cualquier otra manera (Lc 23:41). De hecho, si se trata de merecimientos para sufrir el único ser humano que no ha hecho ningún mérito para ello es Cristo (2 Cor 5:21; 1 P 2:22; Heb 2:18; 4:15). Todos los demás hemos hecho méritos de sobra para el sufrimiento (Ro 3:10-12, 23), algo que con frecuencia tendemos a olvidar o minimizar, inventando todo tipo de racionalizaciones para eludir esta verdad al punto que, de manera descarada, llegamos incluso a trivializarla con humor. Una de las más conocidas trivializaciones populares de esta realidad es la que surge de la que se conoce como la «ley de Murphy» que afirma que «si algo puede salir mal, saldrá mal»¹⁵, formulación básica de esta ley de la que se derivan una gran variedad de divertidos¹⁶ y más o menos conocidos ejemplos y corolarios extraídos de la vida cotidiana, tales como «la tostada siempre caerá del lado de la mantequilla», «las otras filas siempre irán más rápido» o «si necesitas el baño con urgencia, estará ocupado». Pero si lo analizamos con seriedad, la ley de Murphy debería ser la ley de la vida, pues no se trata de que las cosas salgan mal sin justa causa —generando un sufrimiento que va desde el muy leve ocasionado por las simples molestias o fastidios de la vida cotidiana hasta el dolor extremo y dramático asociado a las calamidades y tragedias de gran envergadura— sino que salen mal porque de un modo u otro mereceríamos que salieran mal. El pecado humano es una realidad universal que, en una muy razonable y comprensible relación de causa y efecto, explica por qué las cosas salen mal. Así, pues, como lo dice el profeta: «¿Por qué habría de quejarse en vida quien es castigado por sus pecados?» (Lm 3:39). Después de todo el sufrimiento no es más que el justo resultado de tener que asumir con la seriedad del caso las consecuencias de nuestros pecados (Is 64:6-7). Razón suficiente para suscribir agradecidos la afirmación del profeta:

El Señor nos ha rechazado, pero no será para siempre. Nos hace sufrir, pero también nos compadece, porque es muy grande su amor. El Señor nos hiere y nos aflige, pero no porque sea de su agrado

Pecado y desfalco

«HAY UN dueño último en el universo: Dios. Todos los demás son fideicomisarios [...] En cierto sentido, por tanto, todo pecado es un desfalco»

John Piper¹⁷

A lo largo de la historia la inventiva humana ha logrado descubrimientos y avances asombrosos en todos los campos de la cultura. Sin embargo, estos avances no sólo siguen estando muy lejos de llegar al maravilloso grado de inteligencia, inventiva y complejidad reflejado en la conformación de todos los seres que forman parte del universo y la creación —incluyendo, por supuesto, al ser humano con especialidad—; sino que todo lo que el hombre ha logrado y logrará en el futuro en este aspecto no lo alcanza con recursos propios sino con recursos prestados y materias primas ajenas (Jn 3:27; 1 Cor 4:7). En realidad, el hombre puede transformar de forma drástica y creativa lo que la naturaleza le brinda, pero no puede crear nada al margen de ella. Esto implica que todo mal uso de estos recursos es un ofensivo desfalco¹⁸ contra el dueño de ellos, que no es otro que el mismo Dios, quien delegó en su momento en el ser humano el uso responsable de estos recursos en lo que se conoce como la doctrina de la mayordomía cristiana sobre la creación de Dios (Gn 1:27-30; 2:15; Lc 16:1-2; 1 Cor 4:2). Tener, pues, conciencia del pecado y su gravedad pasa por reconocer todo lo anterior con humilde arrepentimiento (Sal. 51:12). De hecho, la Biblia afirma de manera lógica y consecuente que no somos ni siquiera dueños de nuestro propio ser (Sal. 100:3), de donde cualquier atentado contra nuestro cuerpo es también un grave desfalco¹⁹ que justifica la represalia divina, manifestada en los efectos autodestructivos que esto acarrea sobre nuestras vidas y cuerpos (1 Cor 3:16-17; 6:19-20). Porque si la moneda le pertenece al César por el hecho de llevar su imagen y haber sido acuñada por decisión e iniciativa del emperador, con mayor razón todo ser humano le pertenece a Dios por llevar plasmada su imagen y semejanza (Gn 1:26-27; Lc 20:24-25) y haber sido creados por Él desde nuestra concepción en el vientre de nuestra madre (Sal. 22:9-10; 139:13-16). Además, Dios ya no es el dueño de todo ser humano sólo por causa de la creación, sino también por causa de la gratuita redención llevada a cabo por Cristo con los suyos mediante su sangre derramada en la cruz (1 Cor 7:23; 1 P 1:18-19), ya que:

*... así dice el Señor: «Ustedes fueron vendidos por nada,
y sin dinero serán redimidos.»*

Isaías 52:3 NVI